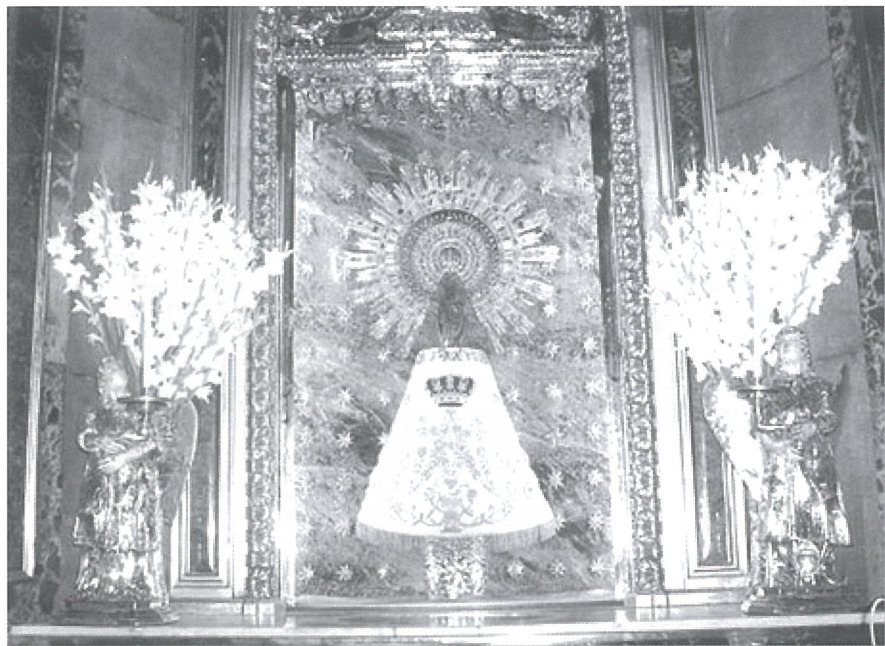


Ismael de Tomelloso
Un joven para Dios

Guillermo Contín Aylón
Presbítero



“... venga cuando quiera la muerte. Estoy seguro de que la Santísima Virgen del Pilar, a quien amo con todas las ansias de mi corazón, me ayudará a presentarme ante el tribunal de su Hijo y por eso nada temo”.

(palabras de Ismael antes de su muerte)

Edita: Asociación para la Causa de Canonización
del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, Zaragoza.

Realiza: Gráficas Vela S.L.
Calle Reino, 38. 50003 ZARAGOZA

Depósito legal: Z-168-2015

Con licencia eclesiástica

La Causa de canonización de Ismael de Tomelloso, está introducida y aceptada en Roma. Allí actualmente trabajan los teólogos en el estudio de sus virtudes heroicas que, de ser aprobadas, otorgarán al Siervo de Dios el título de Venerable, paso para su beatificación y posterior canonización. Mientras tanto, la Asociación en Zaragoza pone su empeño en difundir la devoción privada a Ismael, con objeto de obtener, por su intercesión, gracias, favores, milagros, requisito necesario para su exaltación a los altares.

Con este fin se edita y distribuye en Zaragoza una hoja informativa y se celebra una misa el día 5 de cada mes, que congrega a los devotos y amigos de Ismael en la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores.

Conforme va creciendo la devoción al Siervo de Dios y el número de gracias obtenidas, aumenta también el deseo de conocer mejor la vida de este joven miliciano de guerra, muerto en olor de santidad el día 5 de mayo de 1938 en el Hospital Clínico de Zaragoza. Para ello existen diversas publicaciones, especialmente la amplia biografía escrita por don Blas Camacho Zancada; pero faltaba un folleto sencillo, fácil de leer, que recogiera los datos esenciales de su vida y espiritualidad. Esta labor la ha realizado con perfección el sacerdote zaragozano don Guillermo Contín Aylón y es la que se encierra en estas páginas.

Deseamos que su lectura haga mucho bien en los lectores, contribuya a dar a conocer más el mensaje espiritual de este heroico joven y consiga su pronta glorificación.

La Asociación para la Causa de Canonización de Ismael de Tomelloso.

¡ES UN HÉROE!

Don Emeterio Echevarría, obispo de Ciudad Real, viajó a Roma en noviembre de 1947 para visitar al papa Pío XII. Le llevó, como regalo, las vidas de dos jóvenes de la diócesis: María Rosa de la Vega e Ismael de Tomelloso. El papa sintió curiosidad por la vida de aquel joven. Don Emeterio abrió el libro y leyó al papa una escena de la vida de Ismael. La voz de D. Emeterio temblaba de emoción. Levantó los ojos y... vio al Papa llorar. Regueros de lágrimas caían de sus ojos: “¡Es un héroe!” —balbució impresionado—

Pío XII se emocionó al escuchar el testimonio de la vida de Ismael. No sé que tiene Ismael, que despierta lágrimas de admiración en todos los que le conocen. Seguro que tú, querido lector, te emocionas también al leer estas páginas. Y comienzas una amistad con Ismael que no te abandonará.

UN JOVEN SIMPÁTICO DE TOMELLOSO

Ismael Molinero Novillo nació en Tomelloso (Ciudad Real) el 1 de mayo de 1917. Era el quinto de once hermanos. Su infancia fue una infancia normal, vivida en el seno de su familia. Estudió en el colegio de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl desde los seis hasta los diez años. Allí aprendió a leer y escribir, e hizo la Primera Comunión. A los diez años continuó los estudios en la escuela de don Félix Pavón. Era un niño alegre y trabajador.

En la escuela de don Félix estuvo Ismael hasta los trece años. Hacía falta dinero en la familia, e Ismael se puso a trabajar como dependiente de comercio en varias tiendas, hasta que fue contratado por los dueños de “El Siglo”, un establecimiento de tejidos recién abierto en Tomelloso. Ismael tenía cualidades para la venta y era todo un artista en la decoración de los escaparates.

De carácter abierto y simpático, Ismael se convirtió en imprescindible en todas las fiestas. Era experto en tocar la guitarra y la bandurria. Cantaba, bailaba, contaba chistes, recitaba poesías... o se inventaba las mil y una ocurrencias para hacer reír.



Por la izquierda, Don José María Mayor, su madre, Miguel Montañés, (Presidente de Acción Católica), sus hermanas Consuelo y Lola, sentado Don Bernabé Huertas y su hermana Rosario, Don Vicente Borrell, Párroco, Ismael y Don Amador Navarro.

LA INVITACIÓN QUE LE CAMBIA LA VIDA

No era precisamente Ismael un joven muy religioso. Acudía a la iglesia los domingos, porque lo vigilaba su madre, pero no ponía especial atención. Cada día se alejaba más.

Un día del año 1933, sin embargo, un joven algo mayor que Ismael, llamado Miguel Montañés, le invita a visitar el centro de Acción Católica del que era presidente. Le expone el plan de las reuniones y le enseña las mesas de juego y la biblioteca. Ismael queda contento y promete repetir la visita. Fue la invitación que le cambió la vida: “*Cuántos serían santos si en su camino encontrasen otros santos*”, le gustaba repetir a Ismael.

En una de aquellas primeras visitas conoció al consiliario: el sacerdote don Bernabé Huertas. Era un sacerdote apasionado de Cristo. Comunicaba fuego, ansias de ideales altos, prisa para santificarse. Ismael empezó a confesarse con él y lo tomó como director espiritual. Don Bernabé lo invitó a poner sus cualidades al servicio del apostolado. Ismael se lo tomó muy en serio.

Su lugar de apostolado sería el asilo de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Allí los jóvenes de Acción Católica ayudaban a las hermanas en todo lo que hacía falta: cogían la escoba, fregaban los platos, ayudaban en la oficina, acompañaban a los ancianos, les daban de comer... Ismael era experto en repartir buen humor. Cantaba jotas a los ancianos, les contaba chistes, representaba comedias. Incluso alguna vez, cuando se hizo con un gramófono, sacaba a bailar a la anciana más animosa. “*¡Mira qué bien baila!*”, decía a todos.

A LAS CUMBRES DE LA SANTIDAD

Los ancianos quedaban impresionados por su mirada dulce y bondadosa. Bondad que sacaba de su profunda vida interior. Y es que, en poco tiempo, Ismael experimentó una conversión muy profunda.

Comenzó a acudir todos los días a misa. A las siete de la mañana, antes de ir al trabajo. Se arrodillaba en un rinconcito cerca del Sagrario y escuchaba la misa con fervor. Aprovechaba también todos los ratos libres para ir a la iglesia a visitar al Señor. Alguna vez, al volver al comercio, sucedía que había aglomeración de clientes y el dueño le reprendía:

—Ismael, ¿dónde te entretienes tanto? ¿No ves que está el comercio lleno de gente?

—*¡El comercio lleno de gente! Sin embargo, allí de donde yo vengo, no hay nadie, nadie. ¡Y tendría que estar tan lleno!*

Empezó a sentir grandes deseos de oración. Su casa de Tomelloso tenía una cueva, una despensa excavada en la roca, que se comunicaba con el piso bajo por una escalera. Ismael se fijó en aquel sitio para su retiro dentro de casa. La limpió y la arregló. Casi todos los días, a la hora del descanso después de comer, bajaba y se retiraba allí en soledad. Imitaba así al Señor que, como nos cuentan los Evangelios, solía retirarse a un lugar solitario para orar. El consuelo de Ismael era el rezo del Rosario: lo rezaba muchas veces durante el día, y llegó a rezarlo con los dedos por haber perdido el que usaba.

Ismael sentía también deseos de hacer penitencia por sus antiguos pecados. Preguntaba a sus amigos de Acción Católica qué sacrificios podía realizar. Ellos le daban ideas como no comer postre, hablar poco, evitar las distracciones... Eso le sabía a poco, y se quejaba: “*¡Quiero ser bueno, pero no sé cómo!*”

Ismael solo vivía ya para acercar almas a Cristo. Pero como no había estudiado, no se veía capacitado para dar discursos. Su camino sería evangelizar con el ejemplo, más con el silencio que con las palabras:

—*Como no sé hablar y tengo poca inteligencia, no sé decirle a nadie cosas buenas y de religión; por eso quiero dar ejemplo de vida.*

En 1935 se celebraron unos Ejercicios Espirituales en Ciudad Real. Ismael fue invitado a hacerlos junto con Miguel Montañés. Allí Ismael maduró su deseo de ser solo para Dios.

ESTALLA LA GUERRA

Pero el 18 de julio de 1936 estalla la guerra civil. Y con ella llega a Tomelloso la persecución religiosa. Ismael asistía con Montañés y Pedro, compañeros de Acción Católica, a la misa que se celebraba en el Asilo a escondidas. Un día fueron sorprendidos por los milicianos y conducidos a los calabozos del ayuntamiento. Pasaron allí medio día, y les impusieron una gran multa. Empezó entonces la reclusión de Ismael en su propia casa.

Un día se presentaron los milicianos en la fragua de su padre. Querían una herramienta para forzar la puerta de la ermita de San Francisco. Cuando lo oyó Ismael salió de su escondite y dijo a su padre que no se la dieran, porque querían quemar las imágenes, como habían hecho con las de la parroquia. Aquella actitud valiente provocó un intercambio de palabras fuertes que hizo retirarse a los milicianos, no sin antes advertirle que sabían quién era y que pagaría aquello. Su padre se asustó por las amenazas y decidió llevar a Ismael con un tío suyo a un caserío próximo a las Lagunas de Ruidera. Allí estaría escondido cerca de mes y medio. Durante este tiempo murió mártir en Socuéllamos, con gran serenidad, don Bernabé Huertas, el sacerdote que había sido su consiliario.

Ismael sufre por no ser él también mártir. Envidia a los que caen. Se reúne con sus compañeros del centro algunas tardes de domingo, para hablar de Cristo, de la Virgen, de los santos, del martirio, del cielo. Como no pueden verse todo lo que desearían, se envían papeliitos unos a otros con temas de meditación. La nochebuena de 1936 la pasaron juntos Pedro Cuesta, José Antonio Martínez e Ismael. Hicieron un “portalico” con los medios que tenían. Prepararon una cena. Leyeron después devotamente los textos de la Misa. Cantaron villancicos y hablaron de aquel Niño hecho hombre por amor a los hombres y tan perseguido por ellos.

HACIA EL FRENTE

La guerra civil se prolongaba, y el 18 de septiembre de 1937 es movilizada la quinta del 38. Antes de marchar pidió una medalla de la Virgen y la cosió entre las telas del chaleco.

La tristeza en el tren hacia Ciudad Real es grande, e Ismael trata de hacer bromas para aligerar la situación. Pero esta vez sus bromas sirven de poco: el mal humor entre los llamados a filas va en aumento. En el tren se oyen quejas y palabrotas. Suenan también blasfemias, que hieren hondamente el alma de Ismael. Comenzaba para él un martirio que se iba a prolongar todo el tiempo de permanencia en el frente. Ismael salió al pasillo, sacó con disimulo su rosario y comenzó a rezar con fervor.

De su tiempo de miliciano se conservan varias cartas que escribió a su familia y amigos. En ellas suaviza su situación: “*nos encontramos perfectamente bien*”. Su primer destino fue Cuenca. Allí los alojaron en el Seminario Diocesano, convertido en cuartel. La capilla era la sala para dormir, e Ismael quiso escoger el sitio donde había estado el altar para colocar su colchoneta.

Ismael vive completamente olvidado de sí mismo: solo está pendiente de agradar a Dios y aliviar a los demás. A un amigo que llevaba casi siempre mojados los pies, porque tenía solo alpargatas, le regala sus zapatos. Se priva de comida para que los demás puedan alimentarse mejor. Dejaba a sus compañeros dormir toda la noche, mientras él les hacía la guardia. Así, en el silencio de la noche, se dedicaba a la oración...

Hacia el mes de diciembre fue sacado de Cuenca y llevado a Teruel, en pleno frente de guerra. Sus compañeros se burlan de él y quieren arrancarle una blasfemia. Él se aprieta al rosario y desea ser mártir. Le mandan a los puestos más difíciles, especialmente las guardias nocturnas. Él lo agradece, pues así se puede entregar con más libertad a rezar el Rosario a la Virgen.

La guerra se recrudece, e Ismael es enviado a combatir en la batalla del Alfambra. Era 7 de febrero de 1938. Ismael no dispara un solo tiro. Se queda de pie, tira el fusil y se aprieta a la medalla de la Virgen que tenía cosida en las entretelas del uniforme. Cierra los ojos. De pronto oye la voz de “¡manos arriba!” Él se entrega y es llevado como prisionero.

DE SANTA EULALIA A ZARAGOZA

Los prisioneros fueron conducidos a pie los veinte kilómetros que separaban el frente de Alfambra de Santa Eulalia del Campo (Teruel), sede del Cuartel General del Ejército, donde tuvieron que habilitar como prisión unas parideras de ganado.

Los llaman para hacer la ficha. Ismael ve que algunos quedan libres por disculpas y méritos que los avalan; los que callan, por no tener nada que alegar, son considerados como malos y sospechosos. Ismael podía decir que era de la juventud de Acción Católica: esto le liberaría o, al menos, le haría más suave la prisión. Pero decide callarse.

—¿Su nombre?

—*Ismael Molinero Novillo*

—¿Edad?

—*Veinte años*

—¿De dónde es?

—*De Tomelloso (Ciudad Real)*

—¿Qué dice usted de sí mismo?

—*Nada*

Como Cristo en la Pasión, Ismael calla. Esta será su tónica hasta el final de sus días: permanecer en silencio, evitando todo privilegio, ofreciendo su vida. “Quería sufrir por Dios, por las almas y por España”.

En Santa Eulalia del Campo permanecería solo durante una semana, hasta que fue trasladado al campo de concentración de San Juan de Mozarrifar (Zaragoza). Las condiciones allí eran duras e insalubres: frío, escasa alimentación, gran número de prisioneros. Su cuerpo está minado por una pulmonía: él aguanta sin quejarse. Los prisioneros son llevados a realizar diversos trabajos. Un día los llevan a la ciudad, cerca del Pilar. Ismael derrama silenciosas lágrimas por no poder acudir a visitar a la Virgen.

En aquel campo de prisioneros había un capellán, don Ignacio Bruna, que iba de una sala a otra hablando a los prisioneros, consolando a los tristes, ayudando a bien morir a los enfermos. Ismael no se da a conocer: quiere sufrir por Dios, y no quiere que le mitiguen el dolor.

Un día un sanitario llama al capellán para que asista a un prisionero gravísimo que pide confesarse. Don Ignacio Bruna confiesa a Ismael. La confesión dura cerca de una hora. Después de la confesión, el sacerdote permanece un largo rato hablando con él. Al llegar a casa, emocionado, don Ignacio escribiría los detalles de esta conversación posterior:

—*No quiero nada con el mundo. Soy de Dios y para Dios; si muero seré totalmente de Dios en el cielo y si no muero... ¡quiero ser sacerdote!*

—¿Qué dices, Ismael? Tú deliras, pequeño.

—*Padre, no deliro. ¿Tampoco tendré la satisfacción de que usted me crea? Sí, quiero ser sacerdote y de los buenos, de los que sirven a Dios de balde, ni mercenario, ni asalariado. Quiero vivir absorbido en Él, perdido en la inmensidad de Él y a Él totalmente entregado. Ni egoísmo, ni dinero, ni comodidades, ni familia, ni honores, ¡solo Cristo!*

Aunque Ismael intuye que la curación no va a llegar:

—*Serviré a España en el anonimato, ofreceré a Dios todas las molestias de mi enfermedad y lo penoso de mi sacrificio. Quise el martirio y al fin lo he conseguido. No el derramamiento de sangre por la fe, pero sí el abandono, el lento sufrir, la angustia de morir con la ausencia de mi santa madre.*

El médico del campo, viendo que la enfermedad de Ismael era grave, decide mandarlo a Zaragoza al Hospital Clínico. Don Ignacio le prepara al capellán una carta de recomendación y se la da al enfermo. Ismael es trasladado en ambulancia. Es 18 de marzo de 1938. Pero Ismael, en vez de entregar la carta de recomendación, la oculta. Quiere consumir su martirio en el silencio.

MUERE UN HÉROE

Al llegar al Hospital Clínico de Zaragoza, Ismael dice a algunos de los que allí había:

—*Quiero comulgar mañana. Estoy muy mal. Decílo al padre capellán de aquí.*

Al día siguiente, fiesta de San José, pasa el capellán cerca de su cama, pero sale sin dar la comunión a Ismael. Seguramente no quería dar la comunión a los enfermos sin antes haber hablado con ellos ni haberlos preparado. Ismael pudo pedir, llamar la atención del capellán, pero prefirió ofrecerle también este sacrificio al Señor.

En el hospital había una enfermera de Barcelona, Aurora Álvarez, muchacha caritativa de Acción Católica. El día 20 por la tarde, llegaron inesperadamente de visita dos paisanos suyos, que habían sabido que estaba allí. Uno de ellos era Alfredo Salinas, que se había cruzado en el frente a la zona nacional. Ismael se emocionó y habló largamente con ellos. Cuando se marchaban, la enfermera les preguntó quién era ese joven. Cuando le dijeron que se trataba de un muchacho ejemplar, de la Acción Católica de Tomelloso, Aurora se maravilló de lo que oía. Se acercó a Ismael y consiguió arrancar de él el relato de su sufrimiento:

—¿Qué hacías durante aquellas horas largas de encierro en prisión?

—*Me retiraba a un rincón y por los dedos rezaba varias partes del Rosario para que España triunfase. No me arredraba el sufrimiento físico, pero me abrumaba la tristeza de no encontrar entre tantos prisioneros alguno que pensara como yo.*

Aurora le dijo que, como miembro de la Acción Católica, a la que ella también pertenecía, era su deber hacer por él todo lo que pudiera.

—*Es la primera palabra de cariño que oigo desde que salí de mi casa*—respondió Ismael—, *pues durante mi estancia en la España roja, no oí más que insultos: ¡y lo más que me apenaba era no oír el nombre de Dios, si no era para maldecirle...!*

Al día siguiente, por fin, recibió la comunión de manos del capellán. Cuando llegó Aurora, lo encontró con los ojos cerrados

—¿Duermes?

—*No; estaba dando gracias. ¡Qué feliz soy con Jesús en mi corazón! Después de tanto ansiar en vano comulgar, es hoy el día más feliz de mi vida. ¡No es nada lo que he sufrido en comparación con la alegría que hoy invade mi alma! Déjame dar gracias por beneficio tan inmenso.*

Es la primera comunión que recibía desde hacía dos años.

La enfermedad avanzaba. Las toses con sangre eran cada vez más frecuentes. Ismael veía que se moría, y sentía gozo por ello:

—*Dios lo quiere así, y estoy tan bien preparado, que deseo irme cuanto antes al cielo.*

Durante su estancia en el hospital, Ismael debía de sentir agudísimos dolores. Jamás se quejó de nada, ni protestó por nada.

Los jóvenes de Acción Católica de Zaragoza se enteraron de que Ismael estaba en el hospital, y le fueron a ver. Le llevaron la insignia de Acción Católica, que él recibió con emoción.

—*Por lo único que no quisiera morir es por ver terminada la guerra y el desarrollo de la Acción Católica, mi apostolado favorito, aunque después de muerto, desde el cielo pediré mucho por todos mis paisanos, por la Acción Católica, para que se extienda y se organice en todos los pueblos. Son muy necesarios los sacerdotes y, a falta de ellos, los Jóvenes de Acción Católica deben prepararse para cumplir su programa tan necesario en todos los tiempos y hoy más que nunca.*

Ismael pasó la Semana Santa unido a Cristo crucificado, ofreciéndose con Él. El día 1 de mayo celebraba su 21 cumpleaños y fue el último fogueo de su vida. Ismael suspiraba por el cielo: solo le penaba no tener consigo a su madre y no haber tenido la oportunidad, estando tan cerca, de ir a visitar a la Virgen del Pilar, a la que amaba con todo su corazón. A ella se encomendó en el momento de morir:

—*¡Madre mía del Pilar, Sálvame! ¡Dios mío, misericordia! Sagrado Corazón de Jesús, en vos...*

Fueron las últimas palabras de Ismael. El capellán del hospital consiguió que algunas almas caritativas le prestaran dinero para comprar una sepultura y una caja de madera, a fin de que no fuera arrojado a la fosa común. Ismael fue enterrado en el cementerio de Zaragoza.

En el año 1940 la Asociación de Jóvenes de Acción Católica organizó una multitudinaria peregrinación al Pilar. Entre aquellas filas se encontraban Luis, hermano de Ismael, y Miguel Montañés. Subieron al cementerio, y encontraron la tumba de Ismael llena de flores. Dos años más tarde su madre podría ir a Zaragoza a visitar la tumba de su hijo. De nuevo, llena de flores. “¡Qué hermoso me lo han puesto!” Los jóvenes de Zaragoza no olvidaban el testimonio heroico de Ismael.

El día 13 de mayo de 1950, para cumplir la voluntad de su madre, fueron trasladados los restos de Ismael desde Zaragoza a Tomelloso. En los pueblos donde paraba el tren se celebraba una fiesta: multitudes de jóvenes salían a recibir a Ismael. Sus restos fueron depositados en un panteón pagado por suscripción popular.

Desde entonces se ha mantenido viva la memoria de Ismael. El 6 de marzo de 2008 la Santa Sede dio el “*nihil obstat*” para la apertura del proceso de canonización del siervo de Dios. El proceso se abrió en la diócesis de Ciudad Real el día 5 de mayo del mismo año, al cumplirse el 70 aniversario de la muerte de Ismael. Ismael había querido romper su silencio: quiere acercar muchas almas a Cristo.

En la diócesis de Ciudad Real se ha constituido una Asociación para la Causa de Canonización, con delegaciones en Zaragoza y Madrid. Los devotos que agradecen favores al Siervo de Dios aumentan cada día. Con ellos, rezamos diariamente la oración privada para pedir su pronta glorificación:

ORACIÓN

*Señor, Dios nuestro,
que por medio de la Santísima
Virgen María
otorgaste a tu siervo
Ismael de Tomelloso
la gracia de servir a la Iglesia
entre jóvenes, enfermos y ancianos desamparados
con alegría y entrega.
Dígnate glorificar a tu siervo Ismael y
concédeme por su intercesión
el favor que te pido... (pídase). Así sea.
Padre Nuestro, Ave María y Gloria.*

NOTAS

1. Para comunicar gracias y favores o pedir información pueden dirigirse a ASOCIACIÓN PARA LA CAUSA DE CANONIZACIÓN DEL SIERVO DE DIOS ISMAEL DE TOMELLOSO en cualquiera de las siguientes direcciones:

- Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora
Plaza de España, 5
13700 TOMELLOSO (Ciudad Real)
- Basílica Parroquia de la Milagrosa
Calle García de Paredes, 45
28010 MADRID
- Parroquia de Nuestra Señora de los Dolores
Calle Juana de Ibarbouru, 10
50013 ZARAGOZA

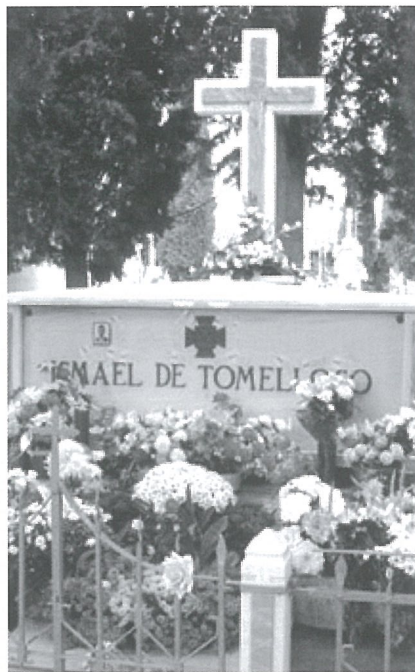
2. Para más información: www.ismaeldetomelloso.com



Prisión de San Juan de Mozarrifar.



Antiguo Hospital Clínico de Zaragoza.



El panteón en la actualidad.



Traslado de los restos de Ismael de Zaragoza a Tomelloso (13 de mayo de 1950).